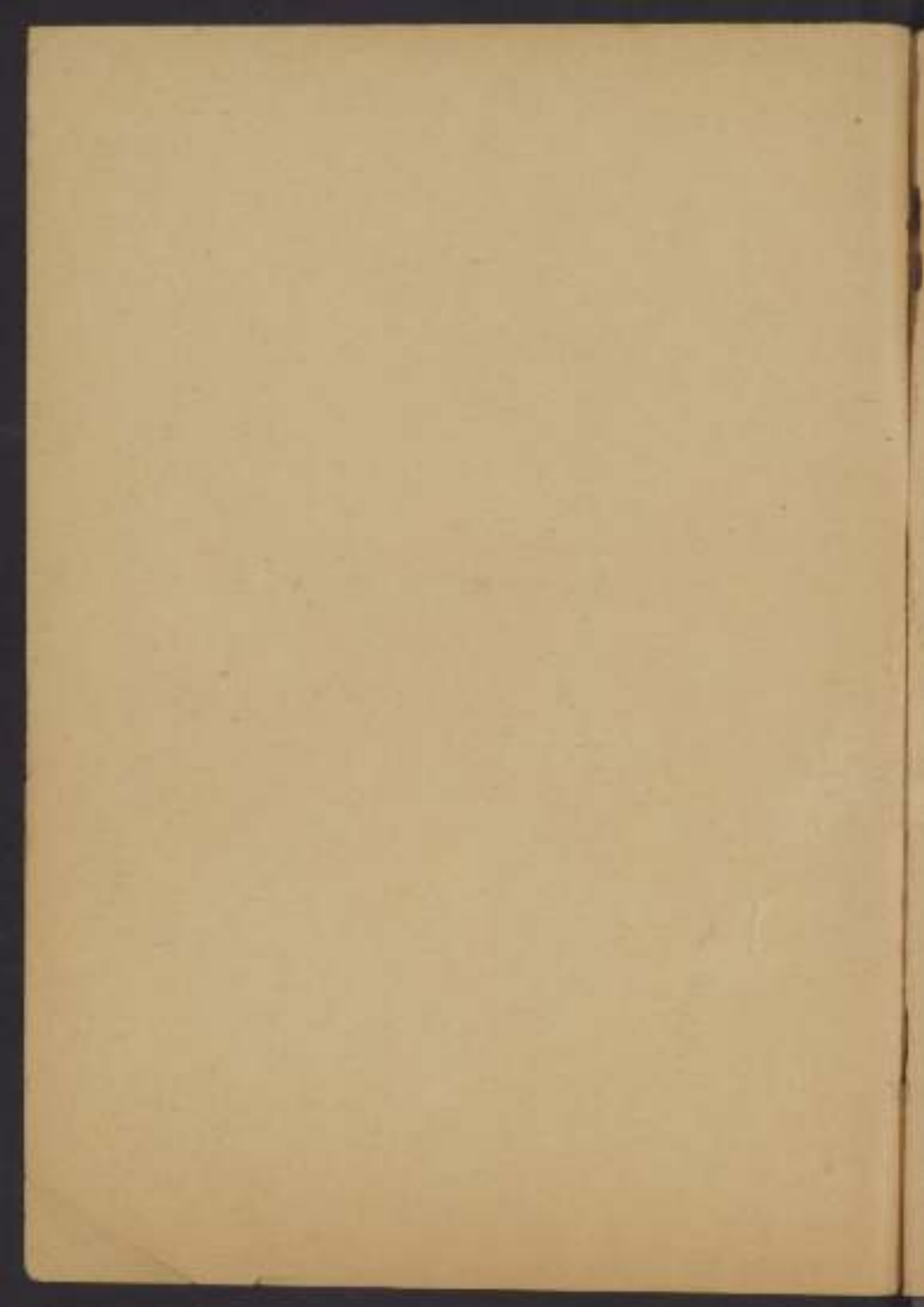


SELECCION
FILMS
DE AMOR

50 cts

EL MALVADO
ZAROFF

FAY WRAY
JOEL McCREA



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
DAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL

NUOVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Barcelona, 354-Apartado 707-Tel. 70057-Dirección



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agente de ventas: Sada, Graf. Esp. de la Librería, Barbud, 14 y 16-Barcelona

AÑO 1

NÚM. 10

El malvado

Zaroff

CREACIÓN DE
FAY WRAY

Una novela llena de
intriga, de escenas
dolorosas, emotivas y
exaltantes, en la que
el drama y la fantasía
se unifican admirable-
mente produciendo
una sensación escala-
rante. Irlanda

PRODUCCIÓN

R. K. O.

DISTRIBUCIÓN EN ESPAÑA

C. I. S. E.

Paseo Gracia, 29 - Barcelona

I N T É R P R E T E S

Bob	JOEL Mc CREA
Eva	FAY WRAY
Morlin	Robert Armstrong
Zaroff	Leslie Banks

velada por

M. OTEIN

EL MALVADO ZAROFF

ARGUMENTO DE
LA PELÍCULA

EL NAUFRAGIO

|| **L**A neblina de la noche hacía casi palpable la atmósfera y en alta mar la leve brisa hacía sentir un frío intenso que había hecho resguardarse en sus camarotes a los pocos pasajeros del hermoso yate que cruzaba a aquellas horas las peligrosas aguas del canal de Baranka.

El paso de aquel canal era temido por casi todos los navegantes y sobre él pesaba una leyenda trágica, que los marineros, con esa superstición tan propia en ellos, daban por segura.

Grandes arrecifes, medio ocultos en las aguas, parecía vigilar el paso de las embarcaciones para herirlas con sus puntas y hacer nuevos presas.

Pero no era esto lo que hacía más temible aquel paso, sino que precisamente un islote solitario que había a pocas millas de allí. El islote estaba deshabitado, pero había quien decía que en el castillo, que parecía medio destruido, habitaban seres extraños que se complacían con la destrucción de los pobres naufragos que lograron alcanzar la orilla de la pequeña isla.

Fuere esto cierto o no, la verdad era que los marineros procuraban siempre dar grandes rodeos y evitar en lo posible el paso por aquel canal.

Sin embargo, en aquella ocasión el propietario del yate había ordenado el paso por el canal de Baranka y el capitán del barco y el piloto se hallaban en el camarote del primero, siguiendo la carta geográfica, con el fin de no desviarse de las indicaciones que marcaba.

Para indicar la entrada del canal y los sitios peligrosos de

los que debían apartarse los navegantes, el servicio marítimo internacional tenía instaladas unas boyas luminosas y éstas marcaban la ruta a seguir y los arrecifes de los que tenían que huir los navegantes.

Pero en aquella ocasión, el lugar que ocupaban las boyas y el indicado por el mapa no coincidían y precisamente aquello era lo que había reunido al capitán y al piloto, y éste indicando el mapa le decía al primero:

—Aquí está el canal y las boyas luminosas...

—Sí—respondió el capitán—, pero no están de acuerdo con las indicaciones del mapa... En estas aguas esta diferencia me preocupa.

Ajenos a esta preocupación, en el hall del barco varios amigos que acompañaban al propietario del yate hablaban animadamente, hasta que uno de ellos, echando de menos al capitán, exclamó:

—¿Vieron hoy al capitán?

—No—respondió el dueño—. No bajó siquiera a cenar.

—No ha abandonado el puente desde aquella orden de usted de atravesar el canal—replicó un tercero.

—¿Qué quiere eso decir?—preguntó el dueño.

—Pues, sencillamente, que parece inquieto—intervino uno que era doctor—. Se advierte que desde entonces está preocupado y no se aparta del puente... Su nerviosidad ha conseguido contagiárnosla a mí también.

El propietario sonrió ante aquel temor de su amigo y preguntó a otro de los que hacían aquel crucero de recreo,

—¿Cómo se curan los nervios?

—Con whisky—exclamó aquél.

El propietario del barco llenó varios vasos y los repartió entre los que se hallaban reunidos, al mismo tiempo que apacecía el capitán del yate y el propietario le dijo:

—¿Es cierto que está usted intranquilo, capitán?

—Algo, sí, señor—respondió éste—. Estas aguas son casi desconocidas para todos los navegantes y tenemos que fiarnos de las indicaciones marítimas.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó ya algo alarmado.

—Pues que estamos enfilando el canal de Baranka y las boyas luminosas están desviadas...

—Tal vez sea culpa del mapa.

—Puede ser—respondió el capitán—. ¿Pero no le recuerda nada la isla de Baranka? Puede, si quiere, consultar al señor Ramsford.

—Pero Bob no es marino... ¿Qué puede decirnos de todo eso?

—No es marino, pero ha viajado por estas aguas.

—Le llamaré—se apresuró a decir el doctor.

Se asomó a la escalerilla de los camarotes y gritó:

—¡Bob!... ¡Bob!... ¡Suba usted!... ¡Déjese de fotografías!

Mientras subía Bob, el dueño del yate inquirió nuevamente al capitán:

—¿Y cuál es su temor en este caso?

—Estas aguas están infestadas de arrecifes y tiburones—respondió el capitán—, y si por desgracia...

No pudo terminar de explicar su temor, porque en aquel instante apareció Bob mostrando unas fotos que llevaba en la mano y diciendo:

—¡Vengan estas fotos!... Hubiese querido tenerlo también de fotógrafo en mi cacería de Sumatra, doctor...

El doctor lo miró asustado y exclamó, haciendo gala de su temor:

—De haber ido yo no estaría aquí para contarlo.

—¿Para qué me han llamado?—preguntó Bob.

—Para participarle de los temores de estos lobos de mar—le dijo sonriendo el dueño.

—¿Qué pasa?—inquirió Bob al capitán.

—Ocurre—respondió éste—que las boyas luminosas no están donde dice el mapa.

—¿Y qué opina usted que debemos hacer?—inquirió el doctor.

—Lo mejor en este caso sería cambiar de ruta... Alejarnos del canal.

—¿También usted siente miedo?—exclamó extrañado el dueño del yate—. No hay que temer nada, capitán. El mapa puede estar equivocado... Sigamos adelante.

—Está bien, señor—respondió el capitán, marchándose nuevamente al puente de mando.

Olvidada instantáneamente la preocupación del capitán,

Bob mostró una de las fotografías en la que estaba él apuntando a un tigre, en pleno bosque, y el doctor se quedó mirando fijamente la fotografía, hasta que Bob le preguntó:

—¿Qué le hace pensar esa fotografía?

—Pensaba en cierta paradoja de nuestra civilización—respondió el doctor—. Llamamos salvaje a la fiera que mata para vivir... y al hombre que mata por capricho le llamamos civilizado.

—¿Acaso la caza no es un deporte también para la fiera?—exclamó Bob—. De haber querido, este tigre hubiera podido escapar... Pero él también quería cazarme a mí... Ni él me odiaba por perseguirlo, ni yo a él por atacarle... Nos admirábamos mutuamente... Eso era todo.

—¿Se cambiaría usted por el tigre?—le preguntó el médico.

—Por éste, desde luego que no. La vida nos destina a cazadores o a presas... Yo nací para cazar—respondió riendo Bob.

Bob era un muchacho de unos veinticinco años. Fuerte y ágil como todo el que se dedica al peligroso deporte de la caza en las selvas. Su conversación era atractiva, interesante oírlo hablar y a medida que se trataba se hacía más agradable su compañía. Tenía una cultura vastísima y había escrito varios libros sobre la caza y las regiones que había visitado, los cuales obtuvieron un gran éxito.

Se hallaba descansando de una de sus últimas expediciones, cuando fué invitado a aquel crucero y Bob, amante siempre de la vida activa, aceptó halagado por la originalidad del viaje.

Cuando más animado estaba detallando lo que era la caza, el navío se estremeció como si hubiera recibido un tremendo golpe. Apenas los pasajeros se dieron cuenta de él cuando el agua empezó a entrar a torrentes. No cabía duda que el yate había chocado con uno de aquellos arrecifes y se había abierto en canal.

Pronto se vieron las calderas inundadas de agua y la presión de éstas y la del fuego terminó con una horrorosa explosión que hizo saltar al yate en mil pedazos.

Pasados los primeros minutos de la catástrofe, Bob, que había caído al agua, vió junto a él al doctor que luchaba

desesperadamente por asirse a un madero que había junto a ellos. Con la confianza propia del que se sabe un gran nadador, Bob le ayudó hasta que ambos se encontraron agarrados a aquel madero, único salvavidas del que podían disponer.

Miraron hacia todas partes y el doctor le preguntó:

—¿Y los demás?

—No se ve a nadie... Me parece que sólo quedamos nosotros... y aquél.—Y señaló hacia otro naufrago que también se hallaba agarrado a un madero.

No había hecho más que decir aquello cuando al otro naufrago se le acercó un enorme tiburón, que agarrándose a una de sus piernas tiró de él hasta hundirlo por completo en el agua y hacerle pasto de su voracidad.

—¡Se lo ha llevado un tiburón!—exclamó Bob.

Y el doctor, al ir a responderle, sintió como si en sus piernas se clavasen varios clavos. Dió un grito de dolor y como su compañero de naufragio se vió arrastrado hacia el fondo.

Bob comprendió que habían caído en un lugar infectado de tiburones y que si quería salvarse de ellos no le quedaba otro recurso que echarse a nadar y ganar la orilla de la isla de Baranka.

Sin pensarlo un instante abandonó el madero donde estaba asido y nadando con todas sus fuerzas al cabo de algunas horas consiguió llegar hasta la playa próxima.

LA ISLA DE BARANKA

Para todo el mundo la isla de Baranka era un lugar deshabitado. Jamás sus habitantes, si es que los había, habían dado señales de vida y por lo mismo se creyó siempre que nadie la habitaba.

En lo más alto de aquella isla se elevaba un castillo de un siglo atrás. Había quien decía que aquel castillo había servido de refugio a los piratas, otros que era la fortaleza de un

noble ruso, que se había encerrado allí para terminar sus días, sin el contacto de nadie, y finalmente recayó sobre el castillo una especie de leyenda negra, de la que jamás se supo la verdad.

Cuando Bob llegó a la isla se arrojó sobre el suelo para descansar de las fatigas del tiempo que había estado nadando y permaneció cerca de una hora allí. Más el frío de la noche y la humedad de sus ropas le hicieron ver la conveniencia de buscar un lugar más apropiado para pasar la noche y el resto de los días que tendría que permanecer allí, hasta que pasase algún buque y pudiera hacerle señas para que le recogiese. No era aquel un lugar por donde solían pasar muchas embarcaciones, y este alejamiento de los marinos era lo que más le preocupaba en aquellas circunstancias.

Pensó que lo mejor era buscar refugio en el castillo, estuviere o no habitado. Pues tanto de una forma como de otra siempre estaría mejor que no a la intemperie.

Penosamente se dirigió hacia el castillo y media hora después llegaba a la puerta de éste. Miró alrededor para ver si había alguien y en vista de que no se oía el menor ruido llamó repetidas veces.

Al cabo de un rato se abrió sigilosamente la puerta y Bob esperó ver a alguien. Mas pasaron cerca de dos minutos sin que nadie apareciese y entonces se decidió a entrar, no sin cierto recelo. La forma tan misteriosa de cederle el paso hacia el interior no era muy tranquilizadora, pero como, de todos modos, dentro del castillo o fuera de él estaría siempre a la voluntad de sus moradores, Bob se decidió a entrar definitivamente.

Se encontró en una sala espaciosa, pero tampoco había nadie allí. Su sorpresa fué todavía en aumento. Aquella casa parecía estar hechizada, mas de pronto, sintió los cerrojos de la puerta que se cerraban y se volvió rápidamente. Ante él vió la figura de un hombre enorme. Casi era un gigante. Tenía la barba poblada y sus cejas rectas y unidas le daba un aspecto casi de fiera. No obstante la impresión que le produjo, se dirigió hacia él y le dijo:

—¿Es ésta su casa?

El otro, que al parecer era ruso, no respondió la menor palabra y siguió mirándolo fijamente.

Bob empezó a sentirse intranquilo, y deseando saber a qué atenerse siguió diciéndole:

—Nuestro yate se hudió y todos mis compañeros se han ahogado.

El ruso seguía impasible, como si con él no fuera aquella conversación, hasta que finalmente Bob le preguntó, creyendo adivinar el motivo de su silencio:

—¿No entiende inglés?

A su espalda sonó una voz de hombre que respondió a su pregunta diciéndole:

—Ivan no habla ningún idioma... el desdichado es mudo.

Bob se volvió hacia el que le había contestado y vió a un hombre elegantemente vestido, como si estuviese a punto de acudir a una recepción. Tenía una perilla y en la frente mostraba una gran cicatriz. Su rostro resultaba algo repulsivo, era el de un hombre que, sin saber por qué, resultaba de una gran antipatía.

A la respuesta de él Bob le preguntó:

—¿Es usted el amo de este castillo?

—En efecto—respondió el individuo, que empezó a bajar la amplia escalera en cuya parte superior se encontraba—. Soy el amo y le doy la bienvenida a mi fortaleza.

—¿Fortaleza?—preguntó extrañado Bob.

—Por lo menos lo fué—respondió el dueño del castillo, acercándose a Bob—. Le edificaron los portugueses, hace siglos, y yo la hice restaurar... Soy el conde Zaroff.

Le ofreció la mano, que Bob estrechó, al mismo tiempo que hacía también su presentación diciéndole:

—Y soy Bob Rainsford.

El conde Zaroff siguió dándole explicaciones y le dijo, indicando al hombre que le había abierto la puerta:

—Ivan es cosaco... y, como todos mis paisanos, un tanto salvaje.

—Yo quería explicarle el motivo de mi entrada aquí. Quería decirle que habíamos naufragado y que el único superviviente era yo.

Al conde no pareció agradarle mucho aquella noticia y exclamó disgustado:

—¿Será posible que usted sea el único superviviente?

—Así es, desgraciadamente—insistió Bob.

—¿Está seguro de ello?—volvió a preguntarle con interés el conde.

—De no estarlo no hubiera abandonado el lugar del naufragio... ¡pobres amigos míos!... Parece hasta mentira, el encontrar una muerte así...

—Todos nos resistimos a creer que podemos morir—respondió el conde—. Tal pensaban mis otros huéspedes.

—¿Otros?—preguntó extrañado Bob—. ¿Han habido más naufragios?

—Claro que sí—respondió el conde—. Aun tengo alojados a varios supervivientes del último naufragio... Esta isla parece estar maldita.

—Eso mismo dijo el capitán de nuestro yate, aun cuando él la creyó desierta.

—Lo estaba—contestó el conde—. Pero los rusos somos muy amantes de la soledad y por eso me vine yo a vivir aquí.

—Por suerte para mí—en este caso—le dijo sonriendo Bob.

El conde, con una familiaridad extraordinaria, le pasó un brazo por el hombro y le dijo afectuosamente:

—Considérese en su casa. Ante todo cámbiese de ropa, que está empapado. Yo siempre tengo ropa preparada para mis huéspedes..., en reserva..., Ivan le acompañará.

Llamó al criado y le dijo varias palabras en un idioma desconocido para Bob, e Ivan se adelantó subiendo las escaleras según le dijo Bob.

—En su cuarto verá algo de beber—le dijo el conde.

—Muchas gracias—respondió Bob.

—El agradecido lo seté yo—terminó diciéndole el conde, de tal forma que Bob empezó a sentir ciertos recelos.

Al subir la escalera el muchacho no pudo menos que sentirse desagradablemente impresionado al ver los táticos dibujos que adornaban la pared. Mas, creyó que aquello sería una de las rarezas del dueño del castillo y terminó por no darle importancia.

Como le había dicho el conde, en la habitación que le había sido destinada estaba preparada como si esperase su lle-

gada. La ropa estaba dispuesta, un traje de carador sobre otra silla, una botella de vino, en fin de todo cuanto pudiesen pedirle para la comodidad, dentro de aquella pequeña sala.

Al fin quedó mudado de ropa y salió de su cuarto encontrándose con el conde, que le dijo:

—¿Listo?

—Completamente a su disposición—respondió Bob, cada vez más extrañado de aquella amabilidad del conde.

—Nosotros cenamos ya—siguió diciéndole el aristócrata—, pero encargué algo para usted.

—Muchas gracias, pero no tengo apetito. Las emociones me lo han quitado.

—¡Qué lástima!—murmuró el conde—. Sin embargo, tomará usted café con nosotros... Es una reunión encantadora.

Habían llegado a la parte alta de la escalera y desde allí vió Bob a una joven bellísima y a su lado a un hombre de algunos años más que ella. El conde señaló para la mujer y le dijo:

—Le prevengo que esa dama es sumamente impresionable... Le suplico que se muestre alegre aunque en el fondo no lo esté.

—Tenga la seguridad de que lo haré así, aunque no sea más que por corresponder a sus muchas atenciones.

El conde sonrió y cogiéndole del brazo, como si fueran antiguos camaradas lo llevó hasta el hall, donde le presentó a la joven, diciéndole.

—Miss Trowbridge, le presento a Mr. Bob Ramsford.

Los jóvenes se estrecharon la mano y el conde hizo la presentación del otro, diciendo:

—Mr. Martín Trowbridge, hermano de la señorita.

—Sí—exclamó éste en quien se advertía los efectos que en él producía el vino del conde—. Soy hermano mayor de Eva.

El conde llamó a Ivan, para que sirviera café a Bob, mientras que Martín seguía apurando el vino Wodka, que abundantemente le servía otro criado y que él mismo a veces tomaba la botella.

—Yo prefiero el Wodka—exclamó Martín—. Vale por todos los cafés del mundo.

—Martín, por Dios—le suplicó cariñosamente Eva—. ¿Cuándo dejarías de beber?

—No seas ridícula—exclamó su hermano—. Ya que somos víctimas del hado como Ramsford, bebamos al menos... ¿Verdad, conde?

—¿Ustedes naufragaron también?—preguntó a la joven Bob.

—Sí—respondió ésta dolorosamente—. Sólo nos salvamos del naufragio mi hermano y yo, y dos marineros... Llegamos aquí exhaustos...

—Yo creo—siguió diciéndole Bob—, que las boyas luminosas se han debido desviar... Daremos cuenta cuando lleguemos al Continente.

—El conde—exclamó Eva—, sólo tiene una lancha y ésta está en reparación, desde hace días.

—Es cierto—intervino el conde—. Los rusos somos malos mecánicos y aun tardaremos muchos días en repararla.

—Por mí, poco importa eso—exclamó riendo Bob—. No tengo prisa.

Al conde pareció no agradaarle mucho aquella conversación, e intentando desviarla, le dijo a Bob:

—¿Tiene usted entonces mucho tiempo disponible?

—Bastante—respondió el joven.

—Pues entonces—intervino Martín, cuando acabó otro vaso de Wodka—, cuéntenos algo de su vida... ¿Dónde nació?... ¿Si es casado?... ¿Si es feliz?

—¡Un momento!—exclamó el conde—. Mr. Ramsford no necesita explicarnos quien es... Es una celebridad mundial...

—¿Escribe libros?—preguntó interesada Eva, mirando cariñosamente al joven.

—No—respondió el conde—, los ha vivido. Si no me engaño, Mr. Ramsford es el conocido cazador de fieras...

—Soy bastante aficionado—repuso humildemente Bob.

—Es mucho más que aficionado—replicó con cierta admiración el conde—. Yo he leído sus libros de cacerías y los de otros autores... Los de usted son los únicos sensatos...

—¿Sensatos?—preguntó extrañado el joven.

—Claro que sí. Usted no pretende excusar lo que no quiere excusarse... La caza, escribe usted, es un juego como

el poker, pero de apuestas más altas... ¡Coincidimos en ese criterio!

—¿Es usted cazador?—preguntó Bob.

—La caza es mi gran pasión—le contestó el dueño del castillo—. Somos espíritus afines...

Eva intervino en la conversación y dirigiéndose a Bob le dijo con marcada ironía:

—El conde caza por las noches y tal vez tenga usted que acompañarlo.

—Así lo espero—replicó el conde—. Creo que cazaremos juntos.

—Pues, prepárese—volvió a decir la muchacha—. Tres días llevan nuestros marineros cazando a instancias del conde y todavía no han vuelto.

—¿Y qué es lo que caza en esta isla?—preguntó intrigado Bob.

El conde lo miró de tal forma, que Bob se sintió turbado, ante la fuerza de aquellos ojos que parecían querer adentrarse dentro de su cerebro. Procuró sostener la fuerza de aquella mirada hasta que, finalmente, bajó la vista al suelo, mientras que el dueño del castillo le decía, sonriendo satánicamente:

—Ya lo sabrá... He inventado algo raro.

—Es un secreto—gritó Martín empujando nuevamente la botella donde estaba el Wodka y amenazando con terminar con él.

—Dios hizo algunos hombres poetas—volvió a decir el conde, con un tono irónico que llegó a desconcertar a Bob—, a otros reyes... o pordioseros... Yo nací para cazar según mi padre... Poseía él grandes haciendas en Crimea y era un ardiente sportman... El me dio mi primera escopeta... Mi vida fue una continua y gloriosa cacería, cuyos detalles sería imposible recordar... Pero, la revolución... No obstante, logré eludir, salvando mi fortuna.

—¿Y entonces se encerró usted aquí?—preguntó intrigado Bob.

—No—respondió el conde—, entonces emprendí una cacería mundial... En Africa un búfalo me hizo esto.

Y señaló la cicatriz que tenía en la frente, y que casi cubría toda la mitad superior de su rostro...

—Salió, no obstante, bien librado—murmuró Bob, que conocía de sobras el peligro que era el haber sido atacado por uno de aquellos animales.

—Desde luego, no me puedo quejar... A veces aún me resiento... Luego fui a cazar jaguares al Amazonas, atraído por su supuesta astucia... Una noche, atormentado por esta cicatriz, un pensamiento aterrorizó a obsesionarme... ¡La caza me aburría! Eso para mí era la mayor desgracia.

—¿Tan tremendo es eso?—preguntó curiosamente la muchacha.

—Lo es. Siendo la caza mi pasión suprema, al perderla perdí también mi amor por lo demás... por la vida... por las mujeres...

—Pues parece sobrellevarlo muy bien—exclamó Martín, refiriéndose a la vida en aquel castillo.

—Hasta intenté abismarme en la vida primitiva—siguió diciendo el conde, sin prestarle atención a la intervención de Martín—. Aprendí a manejar, a la perfección, el arco tártaro... aquel que está allí.

Todos miraron para el arma que indicaba el conde y que se hallaba colocada en uno de los tosteros de la estancia.

—Es muy lindo—le dijo Martín bromeando.

—Aun lo uso—le dijo el conde. Y dirigiéndose a Bob siguió su narración:—Pero mi hastío de la caza no se desvaneció... Lo que yo necesitaba no era un arma nueva, sino... un nuevo animal...

—¿Nuevo?—preguntó extrañado Bob—. ¿Y lo ha encontrado aquí?

—Sí—respondió secamente el conde—. Aquí, en mi isla puedo cazar la presa más peligrosa de todas.

—¿La presa más peligrosa?... ¿Tigres acaso?

—No—respondió el conde—. El tigre sólo tiene sus garras y sus colmillos.

—¿Será entonces el animal del que hablaba el capitán?—volvió a preguntar otra vez Bob.

—No insista—le dijo Eva—; el conde no se lo dirá, ni le enseñará en sala de trofeos hasta que lo invite a cazar.

—Es mi secreto—replicó el conde—. Mi sorpresa, para cuando mis huéspedes empiezan a aburrirse.

—Invíteme a mí a cazar y no se arrepentirá—le dijo Bob.

—Cuando el conde recomienda esa caza debe ser buena —exclamó en medio de su borrachera, Martín—. Si me invita a cazar, acepto... Nos emborracharemos primero y luego... ¡a cazar!... Cuando venga a visitarme a América, combinaremos juntos la juerga, el alcohol y la caza...

El conde lo miró severamente, dándole a comprender que no era de su agrado aquella conversación y al fin le dijo:

—Cambiemos de tema.

—Cambiemos... pero para distraernos un poco, toque usted el piano...

—Por Dios, Martín—le reconvinó su hermana—. ¿Acaso el conde no tenga ganas ahora de tocar el piano?

—Cállate, Eva—le dijo Martín—. No nos agües la fiesta.

El conde Miró a Martín y luego volviéndose hacia Bob le dijo:

—Completamente civilizado... Según él, el amor y el vino debe preludiar la caza. Según nosotros, es todo lo contrario.

—El apéndice antes, ¿verdad?—preguntó bromeando Bob.

—¡Claro!—repuso el conde—. Los indios ogondius lo dicen: «Caza al enemigo, y entrégate luego al amor».

—¡Idea salvaje!—exclamó despectivamente Eva.

—Instinto natural—respondió el conde—. ¿Qué vale una mujer, sin antes haberse enardecido con la muerte?... Una pasión despierta otra... ¡Matar primero, y amar después!... En eso reside el verdadero éxtasis.

Bob lo miraba sin poder comprender aquella extraña teoría. No sabía si el conde hablaba en serio o si bromeaba. Hablaba de la muerte como quien siente una verdadera morbosidad y solamente un temperamento perverso podía extasiarse con aquella teoría que él tenía del amor y de la muerte.

Martín, que se había acercado al piano y lo había abierto, llamó al conde gritando:

—Les presento a Zaroff, el mago del piano de la isla Baranka... Lézcase, conde.

—¿Qué quiere que toque?—preguntó el conde.

—Algo animado... No tan profundo como lo de anoche...

En un banco, junto a una ventana, se habían sentado Eva y Bob. La muchacha en voz baja le dijo a él:

—Mire usted para ese patio y verá lo que hay ahí.

Bob miró hacia el lugar que la indicaba la joven, mientras que el conde tocaba, y vió cerca de veinte perros.

—¿Qué significa eso?—preguntó Bob.

—Son sus sabuesos—le dijo Eva—. No es cierto que la lancha necesite reparaciones. El la usó anoche...

—¿Quiere retenerles, entonces?—preguntó extrañado Bob—. No me extraña dos huéspedes como ustedes... deben retenerse.

—Hace una semana éramos cuatro—le dijo la joven—. Dos han desaparecido ya.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó el joven alarmado, y empezando a participar de las mismas dudas que su compañera, que le siguió diciendo:

—Una noche, el conde llevó a un marinero al cuarto de los trofeos, por esa puerta...

—¿La de hierro?—preguntó Bob.

—Sí—respondió ella—. Noches después se llevó al otro, y no hemos vuelto a verles.

—¿Indagaron ustedes?

—Claro está. Según el conde, se fueron a cazar... ¡Cuidado, que nos vigila el conde!... Finja que estamos bromeando...

El conde dejó de tocar y Martín protestó diciéndole:

—¡Magnífico!... ¡Ha tocado usted magníficamente!... ¡Siga, por favor!

El conde miró recelosamente a los jóvenes y respondió:

—Tomo no interesar a mi audiencia...

Eva lo comprendió, y para disculpar a Bob, en el temor de que pudiera suscitar la cólera del conde, le dijo:

—No le extrañe que Mr. Rainsford se distraiga... Debe estar cansado.

—La que lo está es usted—le respondió el conde mirándola fijamente—. Basta verlo en esos preciosos ojos... Perdóneme.

Llamó a un criado y éste apartó al poco rato con un candelabro para acompañar a Eva, que se despidió de Bob diciéndole:

—El conde me manda a acostar, como a una niña desobediente.



Vieron llegar al conde.



- ¿Es ésta su nueva caza?



- ¡Usted está loco!



- La Providencia rodeó
de arciles mi lata.





- ¡No soy ningún asesino



Se pusieron en marcha sin rumbo fijo.



Los dos hombres luchaban con furia feroz.



Lanzó un grito de dolor.



—¡Oh, no, no!—protestó el conde—. Lo hago como a una niña encantadora...

—Buenas noches, señor Bob—se despidió la joven, siguiendo al criado que la aguardaba.

Cuando empezó a subir la escalera su hermano le dijo:

—Nos veremos al desayuno, Eva.

Tan pronto como desapareció Eva, el conde se volvió hacia Bob y le dijo galantemente:

—Perdone usted mi desconsideración... Le he entretenido más de lo conveniente y usted estará rendido...

—Así es—confesó Bob—. Me encuentro cansadísimo.

—Pues Ivan le acompañará a su aposento.

Hizo una seña al criado y éste se adelantó para acompañar al muchacho hasta su habitación, mientras que el conde se quedaba con Martín en el hall.

LA SALA DE LOS TROFEOS

El conde esperó a que hubieran desaparecido Eva y Bob para preguntarla a Martín, afectuosamente:

—Dígame... ¿Está usted cansado también?

—¿Cansado?—respondió extrañado Martín—. Bien sabe que no... Usted y yo somos iguales... Sólo dormimos de día.

—Pues entonces, quizá esta misma noche quiera usted ver la sala de los trofeos.

—De seguro—exclamó Martín.

—Le advierto que los encontrará usted muy interesantes.

—Magnífico—contestó Martín—. Ahora sí que somos amigos... Nada de secretos entre nosotros... Celebraremos la noche.

—Eso mismo pienso—respondió el conde, mirando significativamente a Martín.

—Usted y yo solos—volvió a decirle el hermano de Eva.

—¡Cómo nos vamos a divertir!

—Puede usted asegurarlo... Los dos juntos...

Y el conde, pasándole un brazo por el hombro, se lo llevó hasta la puerta de la sala donde tenía encerrados sus trofeos de caza. Una vez en la puerta, un criado la abrió y el conde empujó suavemente a Martín, hasta que la puerta se cerró tras ellos.

Al mismo tiempo, los aullidos de los perros del conde no dejaban dormir a Bob, que se revolvió a uno y otro lado de la cama.

Haría media hora que se había acostado, cuando oyó que llamaban a su puerta insistentemente, al mismo tiempo que alguien por fuera intentaba abrir.

Se tiró de la cama, se puso una bata que había a los pies de la misma y se acercó a la puerta para preguntar quién era.

—Soy yo—respondió Eva desde la otra parte.

Bob abrió inmediatamente la puerta y al entrar la joven le dijo:

—Perdone esta interrupción... pero tengo miedo.

—¿De los perros?—preguntó sonriendo Bob.

—No, se trata de mi hermano... No está en su alcoba.

—Iría tal vez con el conde.

—Eso temo—respondió angustiosamente Eva—. Zaroff trama algo contra mi hermano y contra mí.

—¿Lo cree usted en peligro?—preguntó inquieto Bob.

—No sé... pero quiero buscarlo... ¿Quiere usted ayudarme?

—Desde luego—respondió inmediatamente Bob—. Espéreme abajo mientras me visto.

Eva, con el candelabro que llevaba en la mano, bajó para esperar a Bob, quien precipitadamente se vistió y minutos después se hallaba con la joven. Sigilosamente recorrieron el hall, hasta que se detuvieron de pronto junto a la puerta de la sala de los trofeos.

—¡La puerta de hierro!—exclamó ella presa de un horrible pánico.

Bob la empujó suavemente y le dijo:

—Está abierta... ¿Quiere usted que entremos?

Eva hizo un signo afirmativo con la cabeza y los dos muchachos penetraron en la sala.

A la débil luz de la vela, empezaron a orientarse por

aquella amplia sala, hasta que Eva de pronto lanzó un grito de terror. En una de las paredes había la cabeza diseccionada de un hombre. Le faltaban los labios y aquella boca con los dientes salientes presentaba un aspecto imponente.

Apartó la vista de allí y tropezó con un enorme frasco de cristal. Se volvió para ver qué era y vio otra cabeza de hombre sumergida en aquel líquido que debía ser alcohol. Como la anterior, en sus ojos se expresaba tal espanto, que la joven estuvo a punto de lanzar otro grito, si no hubiera sido porque Bob le tapó la boca, al oír pasos que se acercaban.

Apagó la luz y cogió a la joven por la mano, para ocultarse tras la misma puerta y ver quien era el que entraba.

A los pocos segundos vieron que llegaba el conde, tras el cual iban los dos criados llevando una camilla en la que se advertía el cuerpo de un hombre.

Eva tuvo el presentimiento de que aquel era su hermano, y sin saberse contener avanzó hacia el conde y le gritó:

—¿Y mi hermano?

Bob levantó la manta que cubría el cuerpo del muerto y vio que era Martín. Por lo mismo, cuando la joven quiso saber quien era el que llevaban allí, él la detuvo como dándole a entender que no debía verlo. Entonces la joven se abalanzó sobre el conde y le gritó indignada:

—¡Usted lo mató!... ¡Usted ha matado a mi hermano!

Bob, preso de la misma indignación, se acercó al conde y le preguntó:

—¿Quiere usted explicar esto de una vez?

—¡Tranquícese, Ramsford—respondió el conde con una tranquilidad que helaba la sangre—. A usted no le trataré como a mis demás invitados... Ambos somos cazadores.

—¿Y es ésta su nueva caza?—preguntó indignado Bob.

—Quería decirsele anoche, pero estaba delante Miss Trowbridge y por eso guardé silencio.

—¿Ha sido usted quién lo ha cazado?—preguntó cada vez más exaltado Bob.

—He sido yo, pero no me juzgue precipitadamente. No crea que lo hice aprovechándome de que estuviere borracho. Cuando lo hice estaba sereno... Le bastó unas horas de encierro aquí...

Bob le miró sin saber qué determinación tomar. No podía comprender la actitud de aquel hombre y creyendo algo extraordinario y anormal le dijo:

—¿Usted está loco!

El conde hizo un ademán a sus criados y éstos se apoderaron de él, amarrándole contra una columna de la sala, y el conde le dijo sin alterarse:

—Le soltaré cuando acabemos de hablar... El muy estúpido quiso huir por el pantano... Ya ha visto usted la sala de los trofeos... ¿Sabe usted por qué la tengo?... Pues para evitar que mis invitados crean que bromeo... Todos pasan por aquí antes... Al cabo de estar una hora con mis trofeos, todos quieren huir de mí...

El conde reía sarcásticamente, como preso de un verdadero delirio, y Bob, impotente para poder castigar a aquel hombre, le dijo:

—¿Cómo logra usted sus víctimas?

Eva seguía llorando desesperadamente y, en vista de ello, el conde hizo que Ivan la cogiera en sus brazos como si fuera una muñeca y que la encerrara en su habitación. Cuando volvieron a quedar solos, Zaroff le explicó la forma de que se valía para lograr sus víctimas y le explicó:

—La Providencia rodeó de arrecifes mi isla...

—Pero las boyas luminosas marcan el camino a seguir.

—No siempre están en su lugar—le dijo sonriendo Zaroff.

—¿Las cambia usted?

—Claro está... Precisamente a esta estratagema ahora estamos juntos usted y yo.

—Caza usted a pobres seres casi desfallecidos—le dijo despectivamente el muchacho.

—Se equivoca—respondió el conde—. Eso no tendría ningún aliciente—. Yo los coimo de atenciones... Buena comida... ejercicios... Todo para que estén en excelentes condiciones...

—Sí—exclamó horrorizado Bob—, para luego asesinarlos.

—No, no—protestó el conde—. Por lo general, les doy un traje de cazador, un cuchillo y un día entero de delantera... Los cazo después de media noche... El que me elude hasta el amanecer queda libre de mí.

—¿Y si no quieren irse?—preguntó Bob.

El conde le mostró varios aparatos de suplicios y respondió sonriendo:

—Ivan es tan maestro con estos instrumentos de tortura, que todos prefieren que los cace yo... Aun no perdí nunca... ¡Ah, Raimsford, esta caza le apasionará!... Al próximo la emprenderemos juntos!

—Yo soy un cazador, no un asesino—respondió despectivamente Bob.

El conde se le quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿Se negará usted a cazar conmigo?

—¿Hombres?—preguntó asombrado de que le hiciera aquella proposición—. ¡Nunca!

Zaroff lo miró indignado. No podía admitir que se rebelase y le dijo autoritario:

—¡Diga usted que sí!

—Pero... ¿por quién me ha tomado usted?—le preguntó Bob. Yo no soy un asesino.

—Usted es un pobre diablo, que teme atenerse a sus locas conclusiones, aunque deberá hacer lo que le pido a la fuerza.

—¿Cómo?—preguntó el muchacho.

El conde miró el reloj, vió la hora que era y le dijo:

—Son las cuatro... está amaneciendo.

Hizo una seña a sus criados y éstos desataron de la columna a Bob, pero lo mantuvieron cogido por aquella especie de cinturón que le habían puesto. Lo condujo hasta la puerta del castillo y le dijo una vez que lo tuvo allí:

—Puede prepararse para la marcha... Ya lo sabe, mañana noche saldré a cazarlo.

En aquel momento, Eva, que había logrado salir de su habitación, bajó chillando las escaleras, y al ver al joven atado se abrazó a él, sin pensar en otra cosa que en el peligro que corría.

Zaroff, sin darle importancia al temor de la joven, le dijo a Bob:

—Será una partida de ajedrez humano... Su astucia contra la mía, sus artes contra los míos... y el premio...

—¿Qué premio?—preguntó Bob.

—Recuerde nuestra conversación... Sólo después de matar es posible el éxtasis del amor.

Y miró tan significativamente a Eva, que ésta, presa de

una angustia horrible, se abrazó más fuerte a Bob, como implorando que la protegiese.

Zarnoff, complaciéndose con el tormento a que tenía sometidos a los jóvenes, continuó diciéndoles:

—Si no le cazo entre la media noche y el amanecer de mañana, ambos quedan libres...

—¡Yo iré con usted!—exclamó desesperada la joven.

—Sería capaz de matarla—le dijo el joven.

—¡De ninguna manera!—exclamó el conde sonriendo con un gesto que quería ser de galantería—. Si pierdo usted, la capturaré viva.

Bob calló durante unos segundos y al fin exclamó decididamente:

—¡Iré contigo!... ¡Aun podemos ganar!

—¡Cuidado con huir por el pantano!—le advirtió riendo el conde...

Bob, conducido por los criados del conde, fué llevado hasta un lugar lejos del castillo y una vez allí lo dejaron en libertad en compañía de Eva y le entregaron por toda arma un cuchillo. Cuando quedaron solos, Eva le expresó su miedo llorando, y el joven pretendió animarla diciéndole:

—No desanimo... Ya verá como ganaremos.

—Pero otros perdieron—respondió desalentada la muchacha.

El la tomó de la mano y se puso a explorar la isla, al mismo tiempo que la luz del día empezaba a animar toda la naturaleza.

LA CAZA DEL HOMBRE

Por fin, tras una larga caminata, los jóvenes sintieron ganas de descansar un poco y reponer sus fuerzas. Se dieron cuenta que a pesar de haber andado tanto no habían hecho otra cosa que recorrer la isla.

—Llevamos tres horas andando, sin haber conseguido nada—le dijo la muchacha.

—Pronto empezará el destenso y estaremos a salvo—le dijo Bob, animándola para proseguir la huida.

Para dejar paso a la joven tuvo que suspender unas ramas que colaban sobre un enorme tronco y la ayudó a subir un acantonado. Cuando llegaron arriba, vieron que a sus pies se extendía el mar y Bob exclamó desesperanzado:

—Ahora comprendo que no hay escape en esta isla...

—¿Qué hacemos?—le preguntó angustiosamente ella.

—No lo sé—respondió Bob—. Lo único que sé es que no nos salvamos de un naufragio para perecer así como así, en manos de ese loco.

Entonces Eva comprendió que su compañía era un impedimento para él y le dijo:

—Usted se habría defendido mejor sin mí... No debió haberme caso y debió abandonarme...

—¿Abandonarla a merced de ese monstruo?... Eso nunca—exclamó Bob—. Pensemos alguna estratagema...

—El está armado—le dijo la muchacha.

—¿Y qué?—respondió Bob—. Las armas no lo deciden todo... ¿Recuerda aquel árbol medio caído?... Pues ahora verá...

La cogió de la mano y la llevó hasta el árbol por cuyo tronco habían pasado. Una vez allí, Bob señaló al árbol y le dijo:

—¿Ve usted este enorme tronco?... Pues sin el apoyo de esa rama caería... Esto es lo que se llama una trampa mala-ya. La usan los indígenas y si ese loco cayera en ella... Pero desgraciadamente requiere mucho tiempo.

—Aun no es media noche—le dijo ella como aconsejándole a que lo intentase.

—Es cierto—exclamó él—. Si usted me ayuda, aun tendremos tiempo de prepararla.

Con el afán propio del caso, los dos jóvenes se pusieron a trabajar y al cabo de algunas horas la trampa quedó hecha de forma que el tronco cayera sobre el conde al pasar por allí y lo matase.

Oyeron pisadas que se acercaban y Bob y la muchacha se escondieron en una especie de caverna, por donde podían ver al conde cuando llegase. Apenas habían hecho más que

esconderse cuando vieron llegar a Zaroff. Venía con el arco preparado para desfilas y buscando por el campo, como quien prevé la posibilidad de la presa.

Al llegar junto a la trampa, el corazón de los dos jóvenes latía violentamente esperando el momento supremo. Mas el conde, al llegar adonde estaba la trampa, se paró en seco, apuntó con la flecha adonde estaba el nudo de las ramas y disparó tan certeramente que el tronco cayó al suelo sin tocarlo. Se echó a reír y sospechando que los fugitivos estaban dentro de la caverna tiró sobre ellos, pasando la flecha casi rozando el rostro de Bob, que tuvo que echarse atrás, al mismo tiempo que oyó decir al conde:

—¡Salga usted!... Le prometo que no volveré a fallar y que sufrirá poco... ¿Creyó que un cazador de leopardos caería en esa trampa?

Bob no salía de su guarida. Esperaba que el conde entrase, pues dentro no podría hacer uso del arco y allí él tenía un cuchillo para luchar con armas iguales. Pero el conde, conociendo las intenciones de Bob, siguió gritándole:

—¿No quiere salir?... Muy bien; si quiere defenderse como un leopardo, le cazaré como a tal.

Volvió a marcharse, y los jóvenes, cuando le vieron desaparecer, salieron de la caverna y Eva le preguntó:

—¿Por qué se habrá ido?

—Ha ido por un rifle para cazarnos como a leopardos—le dijo Bob—. Huyamos.

Nuevamente los jóvenes se pusieron en marcha, sin rumbo fijo, hasta que ante ellos se extendió el pantano. Eva fué a entrar en él y Bob la detuvo diciéndole:

—No, ése es el pantano y ahí es donde atrapó a otros muchos... Vamos hacia arriba...

Subieron por unas peñas y al llegar al final de uno de ellos vieron que entre dos rocas había un profundo precipicio.

Bob pensó en seguida una nueva manera de librarse de él, y tal como la pensó se lo dijo a ella:

—Cubriremos esto y cuando llegue Zaroff, ¡pobre de él si pisa aquí!... ¡Pronto, recoja hojas secas y hierbas!

—Amanecerá dentro de media hora—le dijo Eva.

—Por lo mismo hay que darse prisa.

Entre los dos recogieron las hojas y cubrieron el precipi-

cio con el fin de que al llegar Zaroff pisase sobre él y cayese al fondo.

Inmediatamente de hacer aquello se escondieron y al poco rato llegó el conde. Venía con el rifle en disposición de disparar y avanzaba cautelosamente por el mismo camino que había de conducirle al precipicio. Todo hacía prever que en aquella ocasión la maldad de aquel hombre sufriría su castigo, yendo a dar con sus huesos en la profundidad del barranco. Mas al estar junto a la trampa, resbaló un poco y una piedra comenzó a rodar hasta caer en la trampa que habían formado, deshaciendo todo el trabajo de Bob y de Eva.

La niebla que se había ido extendiendo casi dejaba ver a las personas a un metro de distancia, y Zaroff, por si acaso lo escuchaban, les dijo:

—Ustedes creen que me han ganado, porque con esta niebla no puedo usar el rifle, pero me quedan otros medios.

Hizo sonar varias veces la trompeta de caza que llevaba a la espalda colgada y los toques resonaron en el silencio de la isla, reproduciéndolos el eco, hasta que llegaron al castillo.

Ivan y otro criado, al oír la corneta de su dueño, sabían lo que aquello quería decir y fueron inmediatamente en busca de los perros.

Una vez con ellos se lanzaron a la persecución de los fugitivos. Aquellos animales, que siempre estaban encerrados e incitados por sus dueños, eran verdaderas fieras que se lanzaban sobre toda aquella persona a la que no conocían.

Indudablemente, la muerte que esperaba a los dos muchachos era mucho más tremenda que la de morir de un tiro o de un flechazo.

Bob y Eva, al sentir los aullidos de los perros, echaron a correr buscando un lugar donde refugiarse. Mientras huían, Bob iba poniendo obstáculos para que sus perseguidores tardaran más en encontrarlos, o mejor dicho, en alcanzarlos.

Cortó una gran caña de bambú cuya resistencia era casi de hierro y la clavó en el suelo después de haberle hecho una punta.

El que llevaba los perros, tan apresuradamente iba corriendo que no se dio cuenta de aquel obstáculo hasta que sintió que éste se le clavaba en el vientre. Dió un alarido de

dolor y quedó exánime en el suelo atravesado por aquella especie de lanza.

Bob y Eva sentían cada vez más cerca los perros y el espanto de que se hallaban poseídos les hacía correr más velozmente de lo que ellos mismos hubieran creído. Por fin llegaron a un lugar donde el suelo estaba cortado. Para resguardarse solamente había un árbol y al otro extremo el mar.

Agilmente subieron al árbol para librarse del ataque de los perros y una vez allí se vieron acorralados por los animales que ladraban insistentemente buscando la presa que parecía que se les escapaba.

Tras ellos había llegado también Zaroff armado de su rifle. Al ver que Bob y Eva estaban subidos al árbol hizo varios disparos sobre ellos, que gracias a la niebla no pudieron alcanzarlos.

Pero la débil rama donde estaba subido Bob se rompió y éste cayó al suelo. Inmediatamente, un perro se lanzó sobre él. Dio un salto para darle una dentellada, más antes que pudiera hacerlo, el cuchillo de Bob se le había clavado en el cuello del animal. Otro nuevo perro hizo ademán de saltarle y nuevamente Bob se libró de él con el cuchillo que Zaroff le entregó.

Un tercero repitió la misma hazaña, y Zaroff, viendo que iba a matarlo, disparó su rifle y animal y hombre cayeron por el barranco al mar.

Ivan recogió a la muchacha, para evitar que los perros pudieran hacerle daño y juntos con Zaroff volvieron otra vez al castillo.

EL CASTIGO DEL MALVADO

A la noche siguiente, Zaroff, como le había dicho Bob, se disponía a recibir el premio, o sea, el amor de Eva.

Ella había sido encerrada en su habitación, y el conde, llegada la noche, se puso a tocar el piano, hasta que por fin llamó a Ivan y le dijo:

—Tráe a la joven aquí.

Salió el criado y cuando menos lo esperaba Zaroff, se abrió la puerta de la fortaleza y apareció Bob. Venía con la ropa deshecha y en sus ojos se advertía un deseo de venganza incontenible.

Zaroff se levantó del piano y volviéndose a él le dijo tranquilamente:

—Mi querido Trainsford. Felicidades.

Bob le miraba airadamente sintiendo que toda su sangre se agolpaba a sus sienes, casi nublandole la vista por el deseo de aquella venganza que le inspiraba. El conde, con una gran naturalidad, se acercó a la mesa y le dijo:

—Me ha vencido usted, Bob.

—¡Todavía no!—respondió éste con reconcentrada ira.

—¿Ni siquiera está usted herido?

—Ya lo ve—respondió Bob—. Hirió usted al perro tras el cual me oculté.

—Excelente ardid—replicó el conde—. Admito la derrota.

Sacó la llave de la sala de los trofeos y se la tiró, diciéndole:

—Aquí tiene usted la llave del embarcadero... Se entra por la sala de los trofeos.

Pero al mismo tiempo, Bob advirtió que el conde abrió un cajón de la mesa y que sacaba disimuladamente un revólver. Con una agilidad pasmosa se lanzó contra él y antes de que el conde pudiera disparar se había apoderado de su brazo para desviarle el disparo. Lucharon durante un buen rato, hasta que Bob consiguió hacerle soltar el arma y luego la emprendió con él a puñetazos.

Los dos hombres luchaban con una rabia feroz, como si en aquella lucha, como así era, se jugasen mutuamente la vida. Bob estaba convencido que únicamente aniquilando a aquel malvado podrían huir de la isla y por lo mismo peleaba con verdadero frenesí.

Finalmente consiguió asestar un buen puñetazo a la barbilla del conde, que cayó al suelo pesadamente, sin fuerzas para levantarse.

Pero en aquel momento, cuando Bob ya se creía libre de su adversario, apareció Ivan con Eva. Esto al ver que su amo estaba en peligro sacó su cuchillo y lo lanzó sobre Bob.

Gracias a un grito de Eva, Bob pudo agacharse y librarse de que el arma se le clavase a él. Inmediatamente se fué hacia el criado, para evitar que pudiera apoderarse de otra arma, y ambos lucharon nuevamente. Bob no tenía la corpulencia del ruso, pero sin embargo conocía todos los recursos del boxeo y por lo mismo no le fué difícil dejar a su adversario fuera de combate. Pero cuando ya se creía libre de Ivan, éste recobró inmediatamente el conocimiento y otra vez se lanzó sobre Bob. Ya en este caso el muchacho comprendió que era preciso librarse de él definitivamente y se acordó de uno de los ganchos que le habían enseñado los indígenas de África y que jamás fallaban. Por lo mismo procuró coger por las piernas y por la cabeza al ruso, y cuando se lo cargó a la espalda apretó de tal forma los brazos que los huesos de Ivan crujieron partiéndole la espina dorsal.

El conde, que había vuelto en sí, sigilosamente se fué hacia donde tenía las flechas y cogió una para lanzarla contra Bob. Eva le avisó gritándole:

—¡Cuidado, Bob!

Este se volvió hacia el conde antes de que pudiera dispararle la flecha y nuevamente lucharon por la posesión de aquella dama. De sobras sabía Zaroff que su salvación dependía de no abandonar la flecha y por lo mismo se resistió a soltarla. Entonces Bob, haciendo un supremo esfuerzo, le dobló el brazo a la espalda y cuando lo tuvo así hizo que el mismo conde se clavara la flecha.

Zaroff dió un grito de dolor y cayó pesadamente al suelo, bañado en sangre.

—¡Pronto, vámonos!—le dijo Bob a la muchacha.

—Pero, ¿cómo podremos huir de esta isla?—le dijo ella.

—Tengo la llave del embarcadero y no nos será difícil encontrar un bique en alta mar.

Bajaron precipitadamente a la sala de los trofeos y corrieron hasta la puerta del embarcadero. Una vez abrieron ésta vieron allí la lancha motor dispuesta para emprender la marcha y subieron precipitadamente los jóvenes a ella.

—Ahora ya nos podemos considerar libres—le dijo Bob.

—¿No está usted herido?—le preguntó la muchacha amorosamente.

—No—respondió él—. He tenido suerte de saberme librar de esos dos bandidos.

Resopió el motor de la lancha y los dos jóvenes partieron hacia el mar.

Necesariamente tenían que pasar por debajo de una de las ventanas del castillo, por la del hall, donde había quedado Zaroff agonizante. Mas la maldad de éste le dió aún fuerzas para poderse levantar y coger el arco y una flecha. En su rostro se dibujó una sonrisa satánica. Sabía que los fugitivos tenían que pasar por debajo de aquella ventana y que desde allí podría cazar a Bob con toda facilidad. Era un disparo tan seguro que sería imposible que le fallase.

Se acercó a la ventana y se preparó para cuando oyese el ruido del motor de la lancha. ¡Aun no estoy vencido!, pensó interiormente, mientras por su herida seguía saliendo la sangre en abundancia, haciéndole perder cada vez más las fuerzas que le quedaban.

Finalmente, el ruido del motor de la lancha le advirtió de la llegada de los fugitivos, y Zaroff colocó la flecha en el arco dispuesto a disparar.

Los dos jóvenes, seguros de que ya nada tenían que temer, iban confiados en la lancha, sin poder adivinar el peligro que les acechaba. Los dos estaban seguros de que Zaroff había muerto y de que el criado no podría levantarse más. La descoyuntura de sus huesos había sido enorme y le sería imposible hacer el menor esfuerzo que le permitiera levantarse.

—Me parece mentira que nos vamos libres—le dijo la muchacha.

—Pues es la verdad—respondió Bob—. Dentro de poco encontraremos algún buque y éste nos llevará a un puerto adonde podremos embarcar para América. ¿Tiene usted algún propósito donde quiera que la lleven?

La muchacha miró dolorosamente a Bob y le respondió:

—No tengo ya a nadie en el mundo. El único ser de mi familia era mi hermano Martín... Lo mismo me da un lugar que otro... Para estar sola cualquier sitio es bueno...

—¿Sola?—preguntó él.

—Claro—respondió ella sin adivinar el tono con que le había hecho aquella pregunta.

—Yo creí que quería usted que la acompañase siempre —dijo sonriendo Bob.

Eva lo miró comprendiendo entonces lo que quería decirle y bajando la vista ruborizada le respondió:

—Si usted quiere...

Bob, por toda contestación, le pasó un brazo por la cintura y respondió:

—Lo quiero con toda mi alma...

—Y yo también—confesó ella.

Pasaban en aquel entonces por debajo de la ventana donde estaba esperando Zaroff. Eva miró hacia allí como para ver por última vez aquel maldito castillo donde tanto había sufrido y vió al conde que extendía el arco para disparar sobre ellos.

—Cuidado, Bob... Mire, el conde está preparado con su flecha.

—¡Agáchese!—le ordenó Bob—. Ese hombre es un diablo.

Pero no hubo necesidad de tomar aquella precaución. Zaroff, aun cuando intentó extender el arco, advirtió que no tenía fuerzas para ello y exclamó desalentado:

—¡Es imposible!

Se apoyó en el quicio de la ventana, sintiendo que los objetos se le desdibujaban, hasta que de pronto perdió el equilibrio y cayó al mar. La justicia divina había castigado a aquel ser, medio loco, cuya crueldad no tenía límites, mientras los dos muchachos avanzaban hacia el interior del mar en busca del vapor que los llevase donde ellos pudieran disfrutar de la dicha de su amor.

FIN

EN PRENDA:

EL GRAN DOMADOR

Novela de gran emoción, enarrazada entre luchas de fieras. Creación de Elton Sully-Roddy-Pago-Mickey Rooney

PRONTO:

III. «CONTINUACIÓN»

LA MUJER DESNUDA

Novela basada en la gran obra de fama mundial, del célebre literato HENRY BATAILLE, que encierra grandes valores de sentimiento y sensibilidad. Creación de la gran artista FLORELLE.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA MAS SELETA

LA MAS AMENA

PORTADA A TODO COLOR

Precio de cada tomo: UNA peseta

MENTIRAS DE NINA SYTHOWNA
EL LOCO CANTOR
LOS PECADOS DE LOS PADRES
EL DESFILE DEL AMOR
EL AMOR Y EL MARIDO
LA INTROSA
LA MARIPOSA
¡ME PERTENECES!
LA PIRULETA DOMADA
UN HOMBRE DE SONRISA
CASABLANCA
NOCHES DE NEW-YORK
LA MUJER EN LA LUNA
EL EMPLEO PERDIDO
LAS LUCES DE LA CIUDAD
SU ROJO DE BODAS
DON JUAN DIPLOMATICO
EL ENNEJO DE SEVILLA
LA ULTIMA ORDEN
NAUFRAGIO DEL AMOR
EL CABALLERO DE ZAC
EL COMEDIANTE
LUCKY DE BUENOS AIRES
EL TINIENTE SUBITO
EL SECRETARIO DE MADAME
LA ALEMANA
ENTRE NOCHE Y DIA
LOS QUE DANZAN
AL ESTI DEL BORMEO
M. DE Vampire de Düsseldorf
LA DAMA ATREVIDA
FATALIDAD
EL PRINCIPE CONDOLERO
SPECIAL
CARNE DE CARAMEL
EL DOCTOR FRANKENSTEIN
FARADA
CATOLICISMO
KIBNET
CIBARRON
EL TINIENTE DEL AMOR
DEBILIDAD
LA DAMA DE UNA NOCHE
NACIDA PARA AMAR
AVENTURAS DE TOM SAWYER
MARION
UNA MUJER DE EXPERIENCIA
EL ANGEL DE LA SORTE
UNA CANCION, UN HEBRO, UNA
MUJER
UNA HORA CONTIGO

DON CORAZONES Y UN LATIDO
BONNY
ATLANTIDA
EL EXPRESO DE SHANGHAI
COCTAIL DE CELOS
UN CRUCO ENCANTADOR
LA REINA DRAGA
VICTORIA Y SU HIRAN
EL CONGRESO DE INVIENTE
REMOVICION
¡QUE PAQUE EL DIABLO!
EL IDOLO
BAJO PALMA DANDENA
MANCHURIA
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO
FAMAS DEL PRESIDENTE
ESPERAME
AMARE ESTA NOCHE
UN "AS" EN LAS NUBES
LA COMEDIA DE LA VIDA
UNA NOCHE CRISTALIA
POR LA LIBERTAD
EL MARIDO DE MI NOVIA
PRESTICIO
BOCAMOLE
14 DE JULIO
REQUEDA
EL MILAGRO DE LA FE
LA VENCER RUINA
BAPTIST
LA ARIANTE INDOMITA
MERCEDES
FENSO DORADO
CORRESPONSAL DE GUERRA
UNA MUJER PERSEGUIDA
UNA MUJER CAPRICHOUSA
LARIOS SILLADOS
FELICINIENTE
CHURL DESINGANO
INDICRITA
EL DOCTOR ARROWSMITH
DIPLOMATICO DE MUJERES
LA ULTIMA ACUSACION
LA HIZA DEL DRAGON
¡QUE VALE EL DINERO!
VIAJE DE NOVIOS
PARTO DE TIRCONES
EL ROBINSON MODERNO
SOLTERO INOCENTE
I. P. I. NO CONTESTA
RELOJES DE ABRIL
EL SIGNO DE LA CRUZ

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Servicios eficientes, rápidos y completos, con precios
aviso del importe en céntimos de correo. Remitan sinó el dinero
para el certificado. Franco por correo

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos

Ave del Paraíso

Interpretada por la bella actriz
Dolores del Río y J. Moe Cras.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella **Katha de Nagy** y el apuesto **Jean Murat**.

El Príncipe de Arkadia

bellísima ópera, por **Willy Forst**
y la genial **Liane Haid**.

La insaciable

por la fascinante **Carole Lombard** acompañada por **Ricardo Cortez** y **Paul Lukas**.

El vencedor

protagonistas: **Jean Murat** y la
bella actriz **Katha de Nagy**.

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de
la **Revolución rusa**.
Creación del célebre **Bancroft** y
Miriam Hopkins.

Tentación

Novela sugestiva por **Constance Bennett** y **Joel Mae Cras**.

Estupefacientes

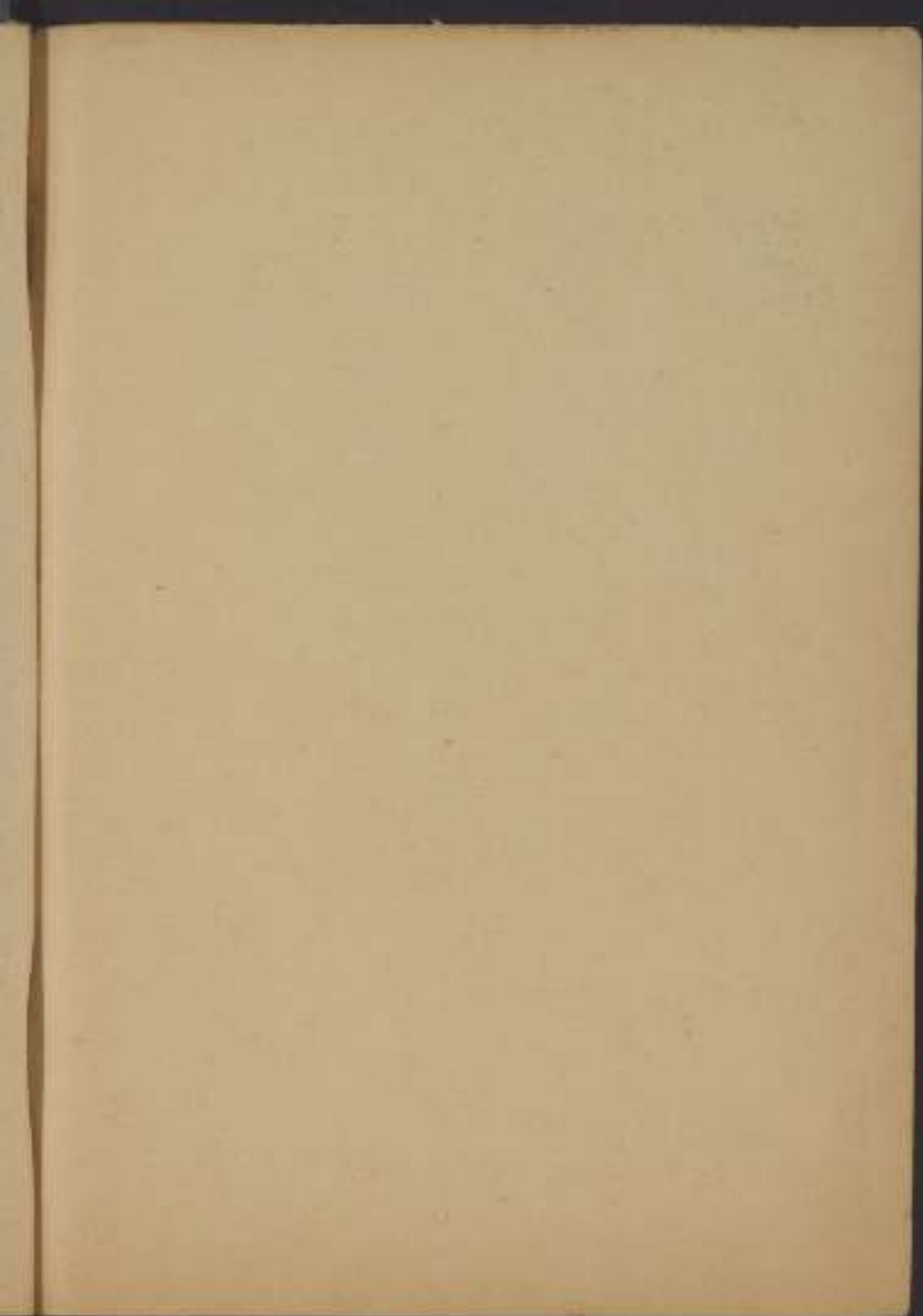
Novela de intriga, creación de
Peter Lorre y **Jean Murat**.

El hechizo de Hungría

Creación de la bellísima artista
Gita Alper y el simpático actor
Gustav Frohlich.

REDI O O R A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.



NO DEJE DE LEER

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA
QUE COMO SIEMPRE APARECEN EN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(LA MÁS ANTIGUA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

VIAJE DE NOVIOS

Brigitte Helm

PASTO DE TIBURONES

Edward G. Robinson

EL ROBINSON MODERNO

Douglas Fairbanks

SOLTERO INOCENTE

Maurice Chevalier

L. F. L. NO CONTESTA

Charles Boyer

MELODIA DE ARRABAL

Imperio Argentina - Carlos Gardel

EL SIGNO DE LA CRUZ

Fredric March - Elissa Landi

TODO POR EL AMOR

Jan Kiepura

Reimpresión de las obras de más éxito

EL DESFILE DEL AMOR

Maurice Chevalier

ESPERAME

Carlos Gardel

EL EXPRESO DE SHANGAY

Marlen Dietrich

UNA HORA CONTIGO

Maurice Chevalier

LUCES DE BUENOS AIRES

Carlos Gardel

REMORDIMIENTO

Phillips Holmes

AMAME ESTA NOCHE

Maurice Chevalier

MERCEDES

Carmelita Aubert

Los mejores artistas en
sus grandes creaciones

UNA PESETA TOMO

PEDIDOS A:

Editorial "RLAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos títulos sueltos y colecciones completas, remitiendo el importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco gratis.